

HISTORIA NATURAL DEL CANIBALISMO

*Un sorprendente recorrido por la antropofagia
desde la antigüedad hasta nuestros días*

MANUEL MOROS PEÑA



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Historia natural del canibalismo
Subtítulo: Un sorprendente recorrido por la antropofagia desde la antigüedad hasta nuestros días
Autor: © Manuel Moros Peña

Copyright de la presente edición: © 2008 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-515-8
Fecha de edición: Mayo 2008

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito legal:

Índice

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1: CANIBALISMO DE SUPERVIVENCIA	21
CAPÍTULO 2: CANIBALISMO RITUAL	77
CAPÍTULO 3: CANIBALISMO PREHISTÓRICO	163
CAPÍTULO 4: CANIBALISMO GUERRERO	183
CAPÍTULO 5: CANIBALISMO PATOLÓGICO	281
CAPÍTULO 6: CINE CANIBAL	317
BIBLIOGRAFÍA	369

Hay que empezar por un análisis exacto de todo lo que los hombres llaman crimen, comenzar por convencerse de que lo que así caracterizan no es más que la infracción de sus leyes y sus costumbres nacionales, de que lo que se llama crimen en Francia deja de serlo a cien leguas de aquí; de que no hay ninguna acción que sea realmente considerada como crimen en toda la tierra y de que, por consiguiente, nada en el fondo merece razonablemente el nombre de crimen, que todo es cuestión de opinión y geografía.

DONATIEN-ALPHONSE-FRANÇOIS, MARQUÉS DE SADE.
Justine o los infortunios de la virtud (1787).

La inclinación antinatural a comer carne humana se da entre ellos de la forma más deshumanizada. Los indígenas de las islas Fidji consumen carne humana no por venganza, ni por necesidad, sino por puro placer.

REVERENDO DAVID CARGILL (1838).

Cuando se calmó un poco continuamos observando el barco hasta que finalmente lo perdimos de vista, pues el tiempo empezó a ponerse brumoso y al mismo tiempo se alzaba una ligera brisa. Tan pronto como desapareció del todo, Parker se volvió hacia mí con una expresión en su semblante que me produjo escalofríos. Había en él un aire de resolución que yo no había advertido hasta ahora, y antes de que despegase los labios el corazón me reveló lo que iba a decirme. Propuso, en pocas palabras, que uno de nosotros debía morir para salvar la vida de los otros.

EDGAR ALLAN POE.
Las aventuras de Arthur Gordon Pym (1838).

Prólogo

—**C**uéntame otra vez esa historia de los niños del barril —rogó la pequeña a su abuela. Apenas tenía 6 o 7 años, pero señalaba con firmeza hacia una antigua talla de madera que descansaba sobre una vetusta estantería.

—¿Otra vez? Ya te la he contado muchas veces.

—Es que me gusta...

—Bueno, siéntate a mi lado.

La niña obedeció y se acomodó junto a la anciana.

—¿Ves esa talla de ahí?

—Sí.

—Pues representa a San Nicolás de Bari. Fue un santo que vivió hace muchos, muchos años, en el siglo IV. Se convirtió en obispo de Mira, que es una ciudad que está en Licia, en la lejana Turquía, y años después sus restos fueron trasladados a Bari, que está en Italia. Por eso se le conoce como San Nicolás de Bari en lugar de San Nicolás de Mira.

—¿Y los tres niños que están dentro del barril?

—Esos niños estaban muertos y él los hizo regresar a la vida. Iban a ser convertidos en filetes.

—¿Y cómo es posible si estaban muertos?

—Porque un hombre malvado los asesinó, los descuartizó, los metió en un barril con sal y puso la carne a la venta. Pero San Nicolás de Bari, que pasaba por allí, preguntó: “¿Y esa carne? ¿De qué animal procede?”. Y el malhechor contestó: “De un venado que he matado esta mañana”. El santo desconfió e insistió: “¿Seguro? ¡Qué extraño! Por aquí no hay venados”.

—¿Y qué pasó después?

—Que el santo se acercó al barril, lo tocó y los niños resucitaron.

—¡Pero eso no puede ser!

—Pues lo fue. Y como te gusta tanto esta historia, algún día esa talla será para ti.

Esta es una de esas narraciones que nos hablan, aunque de soslayo, de la antropofagia. Recuerdo que cuando el doctor Manuel Moros me comentó que estaba finalizando un ensayo sobre esto, le expliqué que era un tema muy complicado para un libro y que quizá tardaría en hallar editor. Afortunadamente me equivoqué, porque lo encontró enseguida.

El motivo principal de mi augurio fallido es que la gente prefiere cerrar los ojos ante noticias como la del “poeta caníbal” —así bautizó la prensa mexicana a José Luis Calva Zepeda, sospechoso de la muerte de ocho mujeres—. Cuando fue detenido, Zepeda tenía colgada de la pared de su apartamento una foto de Anthony Hopkins con bozal en su caracterización cinematográfica de Aníbal Lecter.

La policía irrumpió en su domicilio de Ciudad de México y encontró el cuerpo mutilado de su novia que había desaparecido poco antes. Varias partes de la víctima estaban esparcidas por

diferentes lugares de la casa: el congelador, una olla que bullía al fuego, una caja de cereales... Este aprendiz de literato llevaba escritas más de cien páginas de una novela sobre canibalismo y se suicidó en la cárcel en diciembre de 2007 antes de llegar a ser juzgado.

Como bien explica Manuel Moros en la última parte de su obra, a pesar de la repulsa que provoca la antropofagia, tabú en nuestra sociedad, triunfan películas como *La matanza de Texas*, *Ravenous* o *Grimm Love Story*, todas ellas, por cierto, inspiradas en hechos reales. Se me ocurre que quizá sí deseemos conocer estos datos, pero tal vez queramos hacerlo bajo el marco de la “ficción” —cómodamente sentados en una butaca y con una bolsa de palomitas en la mano— para no tener que plantearnos cuestiones incómodas.

El ensayo de Manuel Moros viene a llenar el vacío que existía en nuestro país sobre este peliagudo tema y es uno de los más documentados que he leído. A pesar de su temática, no puedo ni quiero dejar de recomendárselo.

Por cierto, casi se me olvidaba decirles que atesoro con gran cariño esa pequeña talla de San Nicolás que ahora ocupa un lugar de honor en mi estantería. ¿Sabían que la vida de este obispo dio origen a la figura de Santa Claus? Pues sí, pero esa ya es otra historia.

Clara Tahoces. Redactora-Jefe *Más Allá*
www.claratahoces.com
Madrid, 7 de enero de 2008.

An anatomical illustration of a human head and neck, showing the musculature and skeletal structure. The illustration is rendered in a dark, monochromatic style, with the skull in the foreground and the neck and head muscles in the background. The text "CANIBALISMO RITUAL" is overlaid on the image in a white, serif font.

**CANIBALISMO
RITUAL**

Aunque el canibalismo alimentario (bien sea debido a necesidad o a simple glotonería) es en el que se piensa inmediatamente, en ocasiones el consumo de carne humana no ha tenido como finalidad el simple hecho de aportar nutrientes. En sociedades que han dispuesto de economías productivas y que han contado con grandes excedentes de alimentos ha seguido estando presente. Formaba parte de las ofrendas a los dioses, del culto a los muertos y de ceremonias destinados a adquirir las propiedades vitales de la víctima o dones sobrenaturales. Según E. Volhard: “Es a la vez más fácil de entender para la mentalidad europea, puesto que estas razones atribuyen al canibalismo un proceder dirigido y ajustado a un fin (...)”. En estos casos se conoce como *canibalismo ritual*, que puede dividirse en *exocanibalismo* (devorar la carne de enemigos o de personas ajenas a la comunidad) y *endocanibalismo* (devorar la carne de familiares o personas pertenecientes al grupo).

En los albores de la Humanidad, en el periodo Paleolítico (20.000-8.000 a.C.), en el primer instante en que el hombre primitivo adquirió conciencia de su propia existencia también se hizo

consciente de sus propias limitaciones, de su soledad frente a la naturaleza y de su inferioridad frente al medio. Todavía no había desarrollado la agricultura, por lo que no podía cultivar su propio alimento y dependía por completo de la caza de grandes herbívoros y de la recolección. El fracaso de una expedición suponía hambre, enfermedad y muerte. Por otra parte, la abundancia de caza dependía del crecimiento de la vegetación (alimento básico de los animales susceptibles de ser cazados), que a su vez dependía de una correcta sucesión del ciclo de las cosechas. Cuando observaban las fases de la luna, las tormentas, los eclipses o el ciclo de las cosechas, nuestros antepasados veían revelaciones de una fuerza oculta e incomprensible, aterradora y consoladora al mismo tiempo, cuyas portentosas obras se reflejaban en todos los fenómenos naturales y que a cada momento y sin que pudiera preverlo o impedirlo, intervenía en su vida ya fuera de una manera favorable o maligna. Estas fuerzas impersonales hacían soplar los vientos, alzarse al sol cada día tras el mar y las montañas para cruzar majestuosamente el cielo y ocultarse después al otro lado del horizonte, relampaguear el rayo y retumbar el trueno; ordenaban al suelo que produjera abundantes cosechas, hacían brotar los arroyos entre las piedras de los valles y habían otorgado el don de la vida a los hombres. Pero también eran responsables de la enfermedad, el hambre, la muerte, los terremotos y las erupciones volcánicas. Estas fuerzas, con el paso de los siglos, fueron llamadas dioses.

Estos primeros humanos debieron de vivir en un estado psicológico de auténtico terror. El hombre prehistórico, acechado por mil peligros imprevisibles y a merced de fuerzas que desconocía, elaboró mecanismos de reacción tendentes a canalizar sus angustias y temores, a favorecer los fenómenos que propiciaran tanto el crecimiento de la vegetación como la reproducción de los animales.

Una vez intuida esta otra realidad, la de unas fuerzas secretas que van marcando su destino, el ser humano intentó protegerse de ellas y ser capaz de interferir en sus arbitrarias decisiones. Nació

así (antes que la religión y la ciencia), el más antiguo de los saberes: la magia, en la que pueden distinguirse dos características principales: un intermediario, entre estas fuerzas naturales y el hombre (*chamán* o mago), y unos ritos de mediación. El hecho ritual se conoce desde el Paleolítico medio y se encuentra en todos los pueblos y todas las culturas, y puede considerarse tan fundamental para la supervivencia del hombre primitivo como las armas y técnicas de caza que desarrollaron para matar a sus presas.

En los santuarios de las cuevas paleolíticas de Lascaux y Altamira encontramos pinturas que representan la caza. Junto con los animales y los cazadores hay hombres, seguramente chamanes, con máscaras de animales.

El chamán, con sus ceremonias rituales, era el encargado de propiciar el éxito, usando métodos como atravesar con lanzas figuras de animales modeladas en arcilla (en Montespan un león decapitado y un oso) o pintar animales atravesados por flechas (bisontes e íbices en Niaux; caballos en Lascaux). También, al modificar su apariencia disfrazándose con los atributos del animal, identificándose con sus movimientos y gritos, el chamán era capaz de incitarlos a reproducirse. Esta mentalidad primitiva no establece diferencias entre la representación del objeto (el animal a cazar) y el objeto real. Hay una similitud entre el deseo y lo deseado. Imitar al animal, representarlo de algún modo, equivale a dominarlo. Si se dibuja un bisonte herido mortalmente por una flecha, es seguro que esta acción se prolongará hasta el animal que pasta entre los matorrales. El hombre que mostraba aptitudes para representar a los animales reproduciendo sus movimientos mediante danzas, o para pintar la escena de anticipación de la caza sobre las paredes de las cuevas fue objeto de un gran respeto e incluso de veneración.

Este principio del pensamiento mágico según el cual lo semejante produce lo semejante, o los efectos semejan a sus causas, se conoce como ley de semejanza. Es lo que hace que el acompa-

ñante de un conductor, ante la proximidad de un obstáculo, pise un freno imaginario con el objeto de ayudarle, o lo que nos impulsa a dar un puñetazo al aire para ayudar al boxeador del que somos partidarios en una velada de boxeo. De esta ley, el mago deduce que puede producir un efecto con solo imitarlo. Los ritos basados en esta ley se conocen como *magia simpática*, que actúa sobre la naturaleza sin necesidad de la intervención de ningún agente espiritual. El concepto fue bien definido por el conde Bégouën:

Es una idea frecuentemente extendida entre los pueblos primitivos que la representación de todo ser viviente es, de alguna manera, una emanación propia de este ser, y que el hombre que tiene en su poder la imagen del ser ya tiene un cierto poder sobre él; de ahí viene que muchos salvajes sientan miedo cuando se les fotografía o se les dibuja. Se puede, pues, admitir que los hombres primitivos creían que al representar un animal, este quedaba, de alguna manera, bajo su dominio, y que, poseedores de su figura, de su doble, podían fácilmente convertirse en sus dueños.

El mago no ruega a ningún poder sobrenatural, ni se humilla frente a ningún dios terrible. El mago da por sentado que, en la naturaleza, un hecho sigue a otro necesaria e invariablemente, siempre que se atenga a las reglas de su arte y ejecute las ceremonias debidas acompañadas de los conjuros apropiados.

En el periodo Neolítico, hace unos 10.000 años, el descubrimiento de la agricultura supuso uno de los mayores avances de la Humanidad. Las primitivas comunidades neolíticas dejaron de ser cazadores nómadas y se convirtieron en agricultoras. Al no depender de los azares de la caza, el hombre domesticó animales (cabras y ovejas), a los que alimentaba con el salvado y la paja de los cereales, asegurándose de esta forma una reserva de alimentos. Los agricultores, como los cazadores, reconocían la intervención de fuerzas ocultas al ver cómo las semillas descendían a las

profundidades de la tierra para producir después una forma de vida completamente diferente que alimentaba a la comunidad. Las fuerzas ocultas que en periodos anteriores eran algo indiferenciado, fueron gradualmente personificadas, y la maternal y nutritiva tierra se convirtió en la Diosa Madre, conocida como Ianna en Mesopotamia; Isis, en Egipto o Hera, Deméter y Afrodita, en Grecia. Sin embargo, cultivar los campos no era una actividad idílica. Era una lucha constante contra la sequía, las plagas, las tormentas, el granizo y las despiadadas fuerzas de la Naturaleza, y el hombre siguió manteniendo las operaciones ceremoniales de los cazadores para reponer el poder de la Madre Tierra e impedir que se agotara o fuera devorada por los dioses del Caos. Las primeras semillas se lanzaban a modo de ofrenda y los primeros frutos no se recogían, con objeto de reciclar las energías sagradas. Puede hablarse entonces de una magia ceremonial, que actúa buscando el beneplácito de los dioses y el apaciguamiento de su ira. Las fuerzas impersonales del Paleolítico tomaron cuerpo en el Neolítico en poderosos e invisibles seres personales y conscientes, superiores al hombre y de conducta incierta, a los que se podía dirigir en una u otra dirección si se complacían sus apetitos. Era de los dioses de quienes dependían el suceder de las estaciones y el ciclo de las cosechas, por lo que el hombre comenzó a propiciar la buena voluntad de los dioses con oraciones y sacrificios. Los magos se convirtieron en sacerdotes, intermediarios entre los dioses y los humanos, ya que solo ellos eran concedores de los complicados rituales necesarios para hacerles llegar las plegarias.

El temor a los posibles castigos que podían ser infligidos por dioses descontentos condujo al hombre a realizar sacrificios humanos, pues ninguna víctima podía ser más apreciada por las divinidades que sus propios hijos, hechos a su imagen y semejanza. Por ello, los sacrificios humanos fueron frecuentes en muchas culturas de la Antigüedad. En las más antiguas civilizaciones

del Próximo y Lejano Oriente ya están presentes todas las formas de sacrificios humanos: el enterramiento de niños vivos para proteger y consagrar edificios, la ofrenda de prisioneros a los dioses de la guerra, el ahogamiento de doncellas para honrar a los dioses de los ríos, los sacrificios para conjurar alguna calamidad de la Naturaleza o para borrar pecados, los sacrificios humanos para proveer al rey muerto de servidores que le atendieran en el más allá y, sobre todo, las ofrendas anuales a los dioses de quienes dependían las buenas cosechas o una caza abundante.

Los escitas (que habitaron al norte del mar Negro y del Cáucaso) mataban a todos los cocineros, a los mozos de caballos, a los criados reales, a sus mejores caballos y a numerosos jóvenes para que acompañaran al difunto rey en el Más Allá. También, según Heródoto, sacrificaban regularmente a uno de cada 100 prisioneros capturados en el campo de batalla. En 1927, durante las excavaciones efectuadas en la ciudad de Ur de Caldea, a unos 200 kilómetros de la antigua Babilonia, se encontraron en las tumbas de sus reyes otros cadáveres pertenecientes a soldados y servidores, datados en 3000 a.C. Los chinos, durante la última parte del segundo milenio a.C., sacrificaban a miles de personas en cada funeral real. La práctica fue prohibida por los Tcheu (1023-257 a.C.), por lo que las personas y animales auténticos fueron sustituidos por figuras de cerámica. En el 210 a.C., a la muerte del emperador Ts'in Che-Huang-Ti, 6.000 estatuas que representaban soldados y caballos fueron enterradas cerca de su sepulcro.

Moloch o Baal, adorado por diversos pueblos semitas y cananeos, exigía sangre humana. Asirios, fenicios, cartagineses y filisteos le rindieron pleitesía. Era representado como una figura humana con cabeza de becerro o carnero, sentado en un trono. En Cartago había una estatua de bronce de Moloch, de tamaño colosal, destinada a recibir el sacrificio de víctimas humanas abrasadas, preferentemente niños. La estatua estaba hueca, y dentro se encendía un fuego. Tenía brazos articulados, de una longitud des-



Moloch. Grabado del siglo XVII.

mesurada, de manera que los niños que servían de sacrificio se depositaban en las manos de la estatua, enormes y abiertas, y por medio de unas cadenas y poleas se levantaban hasta un agujero que tenía en el pecho, introduciendo de esta forma a la víctima dentro del vientre incandescente del dios. Los hombres eran degollados antes, mientras que los niños se depositaban vivos en las horribles y abrasadoras manos. Durante el sacrificio, los sacerdotes hacían sonar tambores, trompetas y timbales, de modo que los gritos y lamentos de los niños no alcanzaran los oídos de la multitud. Estando la ciudad sitiada por Agatocles en el año 310 a.C., los cartagineses, viendo a los enemigos acampados bajos los muros de la ciudad, se reprocharon haber descuidado las costumbres de sus padres en el culto de los dioses. Antiguamente ofrecían a Moloch niños de los ciudadanos más poderosos, pero más tarde empezaron a comprar y criar en secreto niños pobres para

este fin. Poseídos por un gran temor supersticioso, decretaron una gran ceremonia en la que fueron arrojados al fuego 200 niños pertenecientes a las principales familias para que el dios salvara a la ciudad.

No sorprende que el historiador romano Tito Livio acusara a Aníbal, el caudillo cartaginés, de haber hecho comer carne humana a sus soldados para incrementar su ferocidad en el combate.

En un lugar cercano a la moderna Túnez se descubrieron 6.000 urnas que contenían restos de niños carbonizados. Al parecer, el antiguo mito griego de que el dios Cronos devoró a sus propios hijos tiene su origen en el culto a Baal. Cronos se unió a su hermana, Rea, de la que tuvo muchos hijos. Pero como Gea le había predicho que sería destronado por uno de ellos, se apresuró a devorar a estos a medida que nacían. Solo escapó el último, Zeus, a quien Rea había escondido después de engañar a Cronos entregándole una piedra envuelta en pañales. Cuando Zeus creció se rebeló contra su padre y lo derrotó. Los romanos identificaron a Cronos con Saturno.

En el Antiguo Egipto, el mismísimo faraón era instado a suicidarse para asegurar la marcha regular del cosmos, y una muchacha virgen era arrojada al Nilo para asegurar su crecida y una buena cosecha. Los sacrificios humanos no faltaron en Grecia, donde se creían instituidos por la diosa Atenea. Numerosos mitos griegos hablan no solo de sacrificios humanos, sino también de canibalismo, como es el caso del cíclope Polifemo y del Minotauro, en lo que pueden ser alegorías de antiguos hechos concretos. El fin de los sacrificios griegos podía ser muy diverso. En ocasiones se trataba de sacrificios propiciatorios, con los que se buscaba atraer los favores de los dioses. En el monte Liceo, en Arcadia, se inmolaron seres humanos en honor a Zeus Lycaios, así como al dios Cronos en Rodas. En la isla de Leucadia (la actual Hagia Maura) se sacrificaban víctimas humanas en honor de Apolo. Se les arrojaba al mar desde el acantilado del cabo



Saturno devorando a uno de sus hijos,
de Francisco de Goya, 1820. Museo del Prado.

Ducato, donde se encontraba su templo. En honor a Dioniso se despedazaban y devoraban seres humanos frente a su altar, por lo que se le llamaba dios *Omestes*, *Omadios* y *Anthroporrhaistes*. Plutarco, en sus *Vidas paralelas*, cuenta que Temístocles, antes de la famosa batalla de Salamina contra los persas (480 a.C.), sacrificó tres cautivos a Dioniso para que la suerte le fuera propicia, siguiendo el consejo del agorero Eufrantides. Durante la guerra de Troya, Aquiles sacrificó a 12 troyanos sobre la pira funeraria de su compañero de armas, Patroclo, y Aristómenes ofreció 300 a Zeus.

En ocasiones se inmolaba una víctima humana expiatoria para librar de los males a la comunidad. Se le cargaba con las culpas y pecados de todos y después era asesinado para que se llevara consigo todas las iniquidades y apaciguara la cólera divina. En Marsella, una de las más prósperas colonias griegas, cuando una plaga asolaba la ciudad se ofrecía como víctima expiatoria a los dioses un hombre de la clase más pobre. Después de ser mantenido durante un año con dinero público, cuidado exquisitamente y alimentado con toda clase de manjares para que fuera más digno, era matado a pedradas. Los atenienses también mantenían a expensas públicas a personas pobres o desgraciadas, y en épocas de penuria, elegían a un hombre y a una mujer para ser sacrificados por lapidamiento. En las fiestas de la Targelia, celebradas cada año en Atenas y en las ciudades jónicas en honor de Apolo y Artemisa, también se hacía correr la sangre humana. Se escogían dos víctimas, una para los hombres y otra para las mujeres, a quienes se cargaba con las culpas y pecados de todos, y después de alimentarlos con toda clase de viandas, se les azotaba y se les quemaba o lapidaba. Otros sacrificios tenían por finalidad mostrar reconocimiento a los dioses por un favor recibido o apaciguar a los espíritus malignos (Harpias, Euménides o divinidades como Tifón). Las víctimas humanas fueron reemplazadas por animales cuando los filósofos comenzaron a clamar contra tan crueles costumbres.

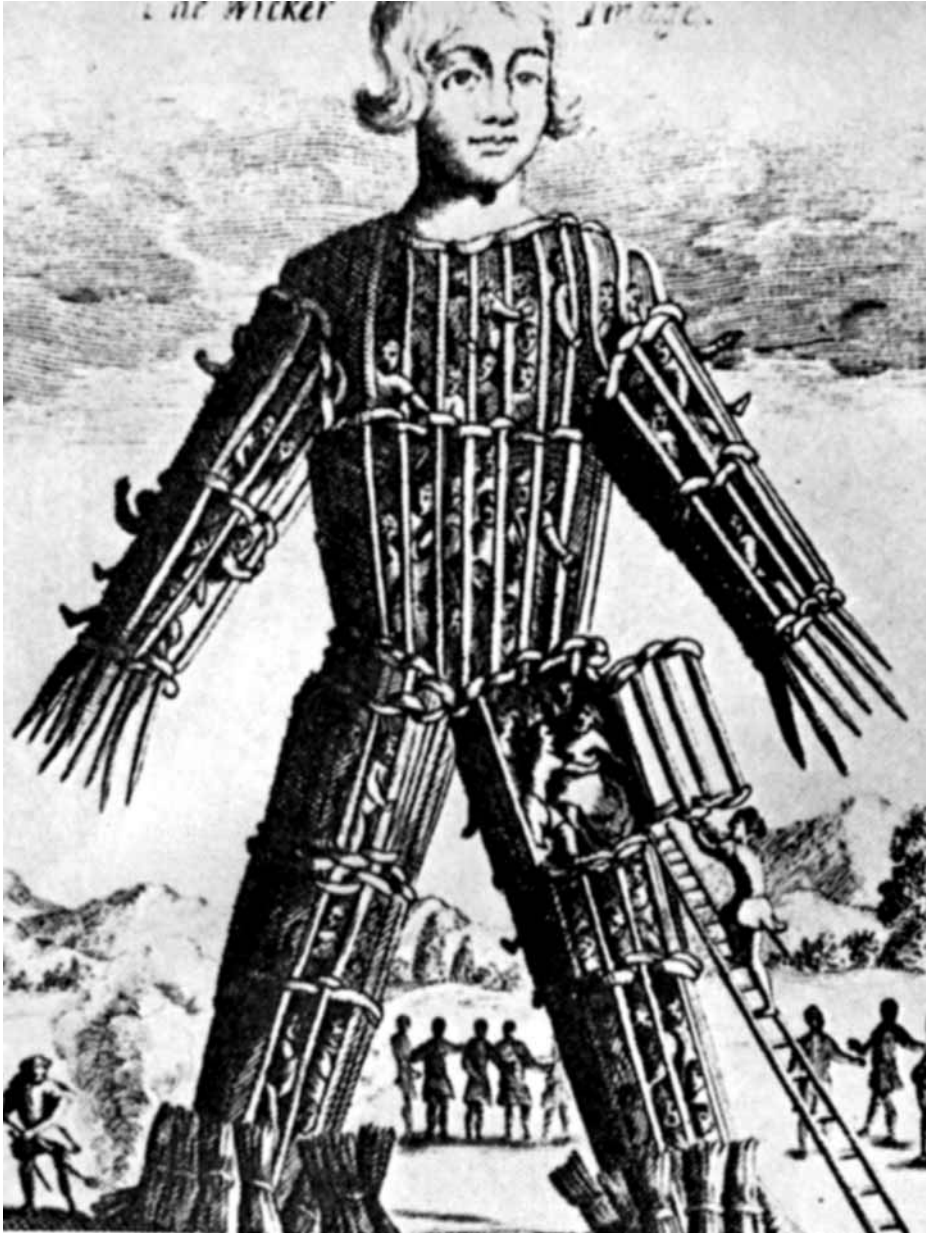
También se sacrificó a seres humanos en los rituales de los dioses escandinavos y germanos. El gran dios del Norte, Odín, descubrió el secreto de la sabiduría de las runas ahorcándose en el Fresno Cósmico, para resucitar convertido en dios de los muertos. Por ello, los que eran sacrificados en su honor eran colgados. Al dios se le llegó a conocer como *Hangatyr* (dios de los ahorcados).

Julio César, en su *Comentario a la Guerra de las Galias* describió los sacrificios humanos de los druidas celtas:

Ciertos poblados tienen maniqués de proporciones colosales hechos de mimbre, que se llenan con hombres vivos y luego se les prende fuego y los hombres son presa de las llamas. El suplicio de aquellos que han sido sorprendidos en delito flagrante por robo o bandolerismo o después de haber cometido algún crimen es juzgado más placentero para los dioses. Pero cuando no existen suficientes víctimas de este tipo, no temen sacrificar a inocentes.

Estas víctimas eran inmoladas en honor a Taranis, dios del cielo y del trueno. Para honrar a Tutatis, dios de la guerra, se ahogaba a seres humanos en un barril de agua. Esus exigía que se ahorcara a sus ofrendas humanas.

A pesar de considerar a los celtas como unos bárbaros, los romanos no fueron, de ninguna manera, inocentes en este sentido. Los romanos imitaron a los etruscos y a los griegos en la práctica de ritos sangrientos de carácter mágico-religioso, hasta que fueron prohibidos por el consulado de Léntulo y Craso en el año 97 a.C. Alrededor del 226 a.C., dos galos y dos griegos fueron quemados vivos para impedir que se cumpliera una antigua profecía según la cual galos y griegos ocuparían poco después la ciudad. Durante los primeros años de la República (hacia 509 a.C.), no existía una división clara entre los sacrificios a los dioses y el castigo de los delincuentes. Un transgresor de la ley era a menudo ofrendado al dios al que había ofendido, pues se consideraba que las leyes emanaban

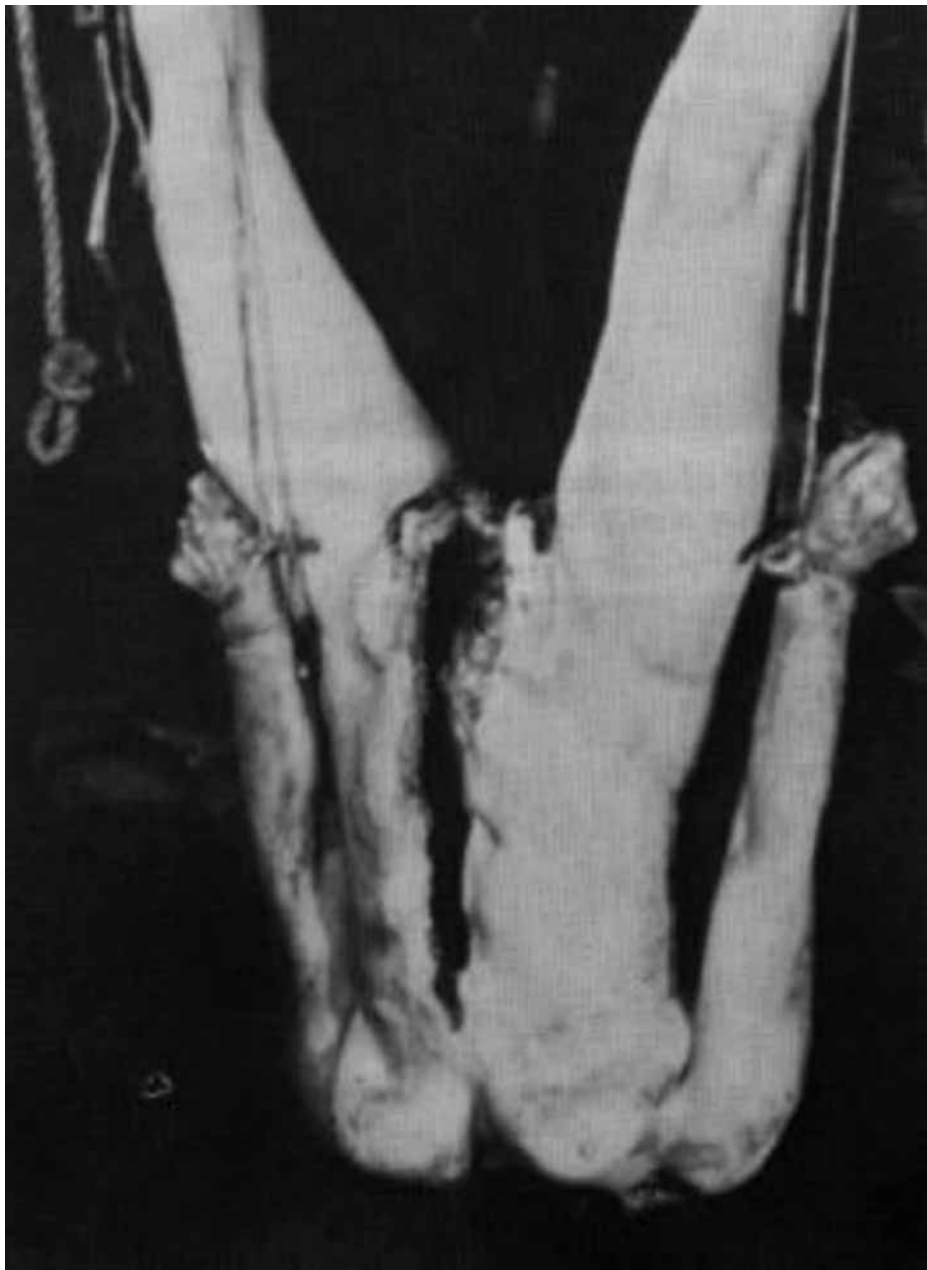


El Hombre de Mimbre de los druidas,
lleno de víctimas a punto de ser quemadas.
Britannia Antiqua Illustrated, Aylett Sammes, 1676.

directamente de los dioses, y que quien las infringía violaba prescripciones sagradas. Quien era hallado culpable de faltar a la palabra o cometía un delito contra la propiedad era ejecutado para restaurar el orden divino y calmar al dios ofendido. Así, un ladrón de trigo era ahorcado como ofrenda a Ceres, diosa de la agricultura; en el año 46 a.C., Julio César hizo sacrificar dos soldados en el Campo de Marte como castigo por haberse rebelado y las vírgenes vestales que hubieran roto su voto de castidad eran quemadas vivas. Sin embargo, a finales de la República, hacia el año 49 a.C., los sacrificios humanos dejaron de identificarse con la justicia penal, y personas inocentes fueron asesinadas con el único propósito de conseguir los favores de los dioses. Eran frecuentes los sacrificios humanos para honrar a los Manes (divinidades infernales que representaban a las almas de los muertos) y a los Dii Inferi (dioses del inframundo). De hecho, los primeros combates de gladiadores se realizaron en homenaje a los espíritus de los muertos, y en el año 45 a.C. Julio César celebró el primer combate en honor de una mujer: su hija Julia. Se dice que en el año 41 a.C., en los idus de marzo, Octavio sacrificó 300 hombres en honor del deificado César. Adriano (emperador entre 117 y 138 d.C.) creyó conveniente renovar la ley anterior del Senado, dados los oídos sordos que hacía la sociedad romana respecto al tema. Sin embargo, con la expansión del Imperio, se introdujeron en Roma cultos orientales que exigían víctimas humanas. Cómodo, emperador de Roma entre 180 y 192 d.C., deshonoró el culto de Mitra sacrificando seres humanos en su honor y, como cuenta Lampridio, el extravagante emperador Heliogábalo (218-22 d.C.) buscaba por toda Italia a los niños más hermosos, pertenecientes a las familias más nobles, para sacrificarlos. Heliogábalo, nacido en Emesa (Siria), era por herencia de su familia materna sumo sacerdote de Baal, conocido en su tierra como *Elah-Gabal*, dios del Sol, y adorado bajo la forma de una piedra negra (probablemente un meteorito). Tras ser nombrado emperador se llevó a Roma la

piedra sagrada, la depositó en el Palatino, proclamó al sanguinario Baal de Emesa (al que renombró como *Deus Sol Invictus*) dios supremo del Imperio y comenzó a sacrificar niños para honrarlo. Solo cuando Constantino otorgó legitimidad legal al cristianismo en el año 313 d.C. y comenzó a extenderse la creencia de que el mundo estaba regido por un dios esencialmente bueno, los sacrificios humanos dejaron de tener sentido en Roma. En el año 404 d.C. el emperador de la parte occidental del Imperio, Honorio, suprimió completamente los combates de gladiadores.

Tanto si se celebraban con motivo de grandes fiestas como en circunstancias excepcionales (epidemia, sequía o hambruna), el sacrificio humano era el ritual más importante para los mayas. Los mayas construyeron grandes pirámides y templos, donde ofrecían cruentos sacrificios a los dioses con motivo de grandes fiestas o si se consideraba que estaban enfurecidos (sequías, epidemias u otras catástrofes). Las víctimas eran desnudadas, pintadas de azul y puestas sobre una piedra hecha a propósito para que arquearan el pecho. Mientras cuatro sacerdotes le sostenían brazos y piernas, un quinto le degollaba y le arrancaba el corazón todavía palpitante. Al dar suma importancia a la lluvia y al agua en general, los mayas creían que los cenotes (pozos naturales en el manto calizo que ocupa la península de Yucatán que constituyen la única posibilidad de agua potable para las poblaciones del lugar) eran entradas a otro mundo, por lo que sacrificaban seres humanos en honor al dios Chaac arrojándolos a sus aguas al romper el alba. Si al mediodía seguían con vida, eran izados para dar a conocer las respuestas del dios. El dragado de las aguas del Cenote Sagrado de Chiché Itzá, realizado en 1967 por Román Piña Chán, recuperó los restos de 42 personas, la mayoría niños. En los relieves del Gran Juego de la Pelota de la ciudad de Tajin se describe cómo el equipo que perdía el partido perdía también las cabezas de sus jugadores. Aunque los incas inmolaban más llamas (el animal sagrado del país), también ofrecían víctimas humanas a sus dioses.



El cadáver de la señora Worden.



Uno de los macabros trofeos de Gein.

Entre diciembre de 1977 y finales de enero de 1978, Richard Trenton Chase, *El Vampiro de Sacramento*, asesinó a seis personas, entre ellas un bebé de 20 meses. Bebió la sangre de dos de ellas y se comió al bebé en su casa. Chase era un paranoico esquizofrénico con psicosis tóxica inducida por drogas. En una entrevista con un psiquiatra declaró: “Si devoré a esas personas fue porque tenía hambre y me estaba muriendo. Mi sangre está envenenada y un ácido me corroe el hígado. Era absolutamente necesario que bebiera sangre fresca”. En su juicio declaró que oía voces de extraterrestres que le instaban a matar. Se suicidó en su celda el 23 de diciembre de 1980.

Lo mismo podría decirse de los hombres-lobo tradicionales. La licantropía es definida por la moderna psiquiatría como una manifestación de esquizofrenia, síndrome orgánico cerebral con

psicosis, reacción depresiva psicótica, neurosis histérica de tipo disociativo, psicosis maníaco-depresiva o epilepsia psicomotora.

Durante la Caza de Brujas llevada a cabo en Europa entre los siglos XV y XVIII, la Iglesia integró en su concepto acumulativo de la brujería una creencia presente en muchas sociedades desde los tiempos históricos más antiguos: la de que los seres humanos podían convertirse físicamente en animales. La Inquisición utilizó los crímenes aislados de psicóticos para hacer creer al pueblo que los responsables eran hechiceros que habían hecho un pacto con el Demonio. A cambio, este les había proporcionado ciertos ungüentos o cinturones de piel de lobo que les convertían en la bestia no solo ante su propio pensamiento, sino también ante la vista de los otros, comportándose como tales y atacando, matando y devorando a sus semejantes.

El miedo y la opinión general actuaron de tal modo en las mentes de esquizofrénicos y parafrénicos que realmente algunos llegaron a creer que eran auténticos hombres-lobo. Comportándose como tales, corrían por los campos de noche, desnudos e incluso cubiertos por una piel de lobo, matando, violando y devorando a sus víctimas. La creencia en los hombres-lobo creó más hombres-lobo, al igual que la creencia en brujas generó a las brujas. Como en *Las cuitas de Werther*, donde en primer lugar existe un Werther en la vida real, que los poetas hacen célebre, y finalmente la nación se ve plagada de Werthers. Sería difícil determinar qué fue primero, la leyenda del hombre-lobo o la psicosis licantrópica.

Solo en Francia entre 1520 y 1630 se celebraron más de 30.000 juicios contra supuestos hombres-lobo. Los casos más famosos fueron los de Pierre Burgot, Michel Verdun y Philibert Mentot, conocidos como Los Hombres-Lobo de Poligny (Francia), quemados en 1521; Gilles Garnier, arrojado a las llamas en 1573 en Dôle, en el mismo país; Petter Stubbe, ejecutado en Colonia (Alemania) en 1589 y Jacques Roulet, un vagabundo de Caude, en los alrede-



Un hombre lobo perpetra una atroz carnicería humana.
Grabado de Lucas Cranach el Viejo. Siglo XVI.

dores de Angers (Francia), juzgado en 1598. Su comportamiento en la celda demostró que era un débil mental y epiléptico, por lo que el acusado escapó a la pena de muerte. Lo mismo ocurrió con Jean Grenier, el niño licántropo, juzgado en la corte del Parlamento de Burdeos (Francia), el 6 de septiembre de 1603. En este caso la corte tuvo en cuenta la edad y el retraso mental del muchacho, por lo que le condenó a ser encerrado de por vida en un monasterio. Nuestro hombre-lobo particular fue Manuel Blanco Romasanta, que se creía capaz de transformarse en lobo por culpa de una maldición que le habían echado en su juventud. Confesó haber asesinado y devorado a 13 personas en los bosques de Galicia, Asturias y Cantabria entre 1846 y 1852.

La licantropía asume entre los indios ojibwa de la región de los Grandes Lagos de Canadá la forma de *psicosis Windigo*. Según la leyenda, las personas pueden ser poseídas por el espíritu del monstruoso Windigo, un gigante sobrehumano, comedor de hombres, que posee un corazón de hielo. Algunos, creyendo como ciertas estas leyendas, sienten un deseo incontrolable de comer carne humana, llegando a matar incluso a sus propios familiares, y devorar su carne sin con ello conseguir apaciguar o saciar su apetito, por lo que siguen buscando nuevas presas, tanto más ávidamente cuanto más comen.

Nada que ver con el tema que nos ocupa. Un verdadero *psychokiller*, si pudiera, sentiría pena de estos pobres diablos. Hannibal Lecter jamás compartiría su mesa con el pusilánime Norman Bates. El *psychokiller* mata por puro placer. Es inteligente, astuto y precavido. Se considera a sí mismo una especie superior. El *Homini lupus*. Contempla a sus semejantes como un depredador contemplaría a una res.

Hasta la fecha, se desconocen los motivos por los que un ser humano se convierte en un asesino caníbal. Por ello, es imposible prevenir su gestación hasta que el *mister Hyde* que lleva dentro aflora a la superficie. Solo las tres médiums de *Minority Report*

serían capaces de detectar a un asesino en serie antes de que cometa su primer crimen. Se han involucrado factores personales (abusos sexuales en la infancia, sucesos traumáticos, etc.), alteraciones genéticas, desequilibrios bioquímicos, lesiones cerebrales y factores socioculturales, pero todo son conjeturas.

El hecho de que el asesino psicópata mate, viole y devore la carne de sus víctimas está íntimamente ligado con sus fantasías de sometimiento y control total sobre ellas. Su deseo es “cosificarlas”, despojarlas de todas las características humanas que les son propias, vejarlas sexualmente, torturarlas, mutilarlas, usar partes de sus cuerpos como elementos decorativos y comer su carne como el cazador que consigue una presa. De esta forma se siente superior a ellas y a sus perseguidores.

Por eso continúa matando, porque el ritual que supone su agresión nunca consigue satisfacer su fantasía, por lo que siempre busca acercarse un poco más a ella. Una vez que empieza a matar, ya nunca puede detenerse. Su cadena de crímenes es imparable a no ser que sea detenido, lo cual no es tarea fácil. Debido a su personalidad y modo de vida, no suelen ser tenidos en cuenta como sospechosos. “Empiezan matando con miedo, cautelosamente; luego, pasan a ser arrogantes, despreocupados: se convierten en máquinas de matar”, afirma Ressler. Generalmente, los asesinos en serie son detenidos por esa falta de precauciones. Ted Bundy, que violó y asesinó a 35 jóvenes dijo: “La primera vez tienes cuidado, pero después ya no te acuerdas de dónde has puesto el trozo de carne”. Suelen conservar trofeos, partes de los cuerpos, como recuerdo para prolongar el placer vivido o para cocinarlos tranquilamente en su casa. Se interesan por sus propios crímenes e incluso llaman a la policía o a familiares de sus víctimas para aportar datos de forma anónima.

Esto fue lo que ocurrió en el caso de Albert Fish, *El Ogro de Nueva York*.